

En esta vibrante biografía coral, Karl Sigmund sigue la huella de una generación excepcional de artistas y científicos que buscaron la verdad y la razón en la oscura Europa de entreguerras

El Círculo de Viena: principio y fin de la cultura centroeuropea

por **MANUEL CALDERÓN**

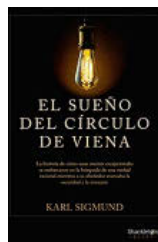
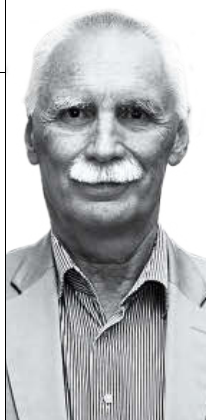
El clásico debate sobre cómo hacer compatibles Ciencias y Letras quedó resuelto, por lo menos durante un periodo, en los presupuestos que defendió y puso en práctica el Círculo de Viena entre 1924 y 1936. Las cátedras de Filosofía en Praga, Viena y Berlín fueron ocupadas por físicos y matemáticos en lo que supuso una interpelación a toda metafísica. No buscaban sumergirse en las profundidades de la conciencia, ni perderse en disquisiciones sin límite más allá de nuestra experiencia de la realidad, sino analizar lo que está en la superficie, guiándose por el principio de que lo que no puede ser entendido es el resultado de una construcción errónea o disparatada del lenguaje.

Este periodo de la vida intelectual europea es el que analiza y documenta prolíficamente el matemático Karl Sigmund (Viena, 1945) en *El sueño del Círculo de Viena*, donde se crea una alta cultura –muy vinculada al judaísmo– que tuvo un final muy marcado con la irrupción del nacional-socialismo. Hace bien su autor en ponerle a esta aventura la banda sonora de *El Tercer hombre*, la película protagonizada por Orson Welles, y toques de la opereta *La viuda alegre*, que tanto éxito tuvo en la Viena de principios del XX, porque luego todo quedó destruido por la imponente Totalidad del nazismo.

Aunque fundado por el físico berlinés –luego derivado en filósofo– Moritz Schlick, fueron las aportaciones del Ernst Mach –su teoría de «economía del pensamiento», basada en la concisión de las expresiones y la escritura–, la aparición estelar de Albert Einstein y la del filósofo Bertrand Russell los hechos que animaron la creación del Círculo, que no era más que un grupo de debate y discusión, luego académicamente renombrado como de «empirismo lógico».

Tampoco nada hubiera sido igual sin la publicación en 1921 del *Tractatus logico-philosophicus* de Wittgenstein, donde el también vienés marca los límites del lenguaje: es decir, distinguir lo que se puede decir de lo que no se puede decir con significado o sensatez. Russell, que firmará el prólogo de 1922, dirá que esa «totalidad» será el ámbito de la mística. Dejará abierto, pues, un territorio para la ética, que definirá tanto al propio Russell como a Wittgenstein. Pero sobre todo este último, enigmático y misántropo, fue preciso y breve al explicar qué era la filosofía: «aquella disciplina que trata de proposiciones que se dan por ciertas sin prueba alguna».

Al hablar del legado de esta generación de artistas y pensadores, Sigmund recalca que hubo una idea que subyugó a los jóvenes vieneses, la de «ego insalva-



KARL SIGMUND
EL SUEÑO DEL CÍRCULO DE VIENA

Traducción de David León. Shackleton Books. 480 páginas. 24,90 €

NO CONFUNDIR UN ORINAL Y UNA URNA

La obra de referencia de ese periodo fue 'La Viena de Wittgenstein', de Allan Janik y Stephen Toulmin, que explora la coincidencia del Círculo de Viena con el dodecafonismo de Arnold Schönberg, la arquitectura desornamentada de Adolf Loos y el activismo contra la degradación del lenguaje de Musil, de Arthur Schnitzler y de Karl Kraus. Este exigía que la lucha contra ese envilecimiento moral y estético se desarrollase desde todos los ámbitos. El objetivo, dijo, era "diferenciar una urna de un orinal"

ble», la que rechaza cualquier «sustancia» y sólo aceptaba las impresiones sensoriales –y con ellas el placer y un hedonismo instantáneo–, la que anuncia una *belle époque*, la que vive en un próspero imperio bicéfalo, de élites inalcanzables –también intelectuales–. Mach será el primero que rechazó esa idea de «ego» y Freud quien bucearía en la frustración inconfesable del sexo con el que la sociedad vienesa estaba, aunque en silencio, obsesionada. De hecho, Zweig consideraba que la prostitución «constituye la oscura bóveda subterránea sobre la que se levantaba la esplendorosa estructura de la sociedad de la clase media con toda su fachada radiante».

Más allá del pensamiento, la tesis que sostiene Sigmund es que pese a que la capital del Imperio austrohúngaro se convirtiese en el centro cultural de Europa, con una desarrollada economía liberal, nada hubiera sido así sin el desarrollo científico. Las uñas limpias de una comadrona podían hacer más por la civilización que el más bello poema de Von Hofmannsthal. Sigmund lleva hasta el límite este papel determinante de la ciencia cuando afirma que la pintura de Gustav Klimt no se entendería sin los rayos X que permiten mirar el interior del cuerpo. Es cierto que realizó las *Pinturas de facultad*, pero también es cierto que el resultado fueron unos hombres y mujeres hundidos en la melancolía. No fueron entendidas, Klimt devolvió el dinero y nunca más aceptó un encargo oficial. Toda esa obra fue destruida por los nazis.

Quien al final con más precisión y agudeza retrató el imperio habsburgo y la mentira que escondía, el fin de ese sueño de hallar una verdad racional en las ciencias y las artes, fue Robert Musil –que estudió ingeniería– en *El hombre sin atributos*. El escritor creía que el enemigo estaba ya ahí, engolado su lenguaje como demostró la glorificación de la mentira que triunfó con el nacional-socialismo. La madre de todas las mentiras que luego serían. **L**